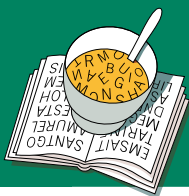


S O P A D E L I B R O S

Alicia Borrás Sanjurjo

Querido Nadie

Ilustraciones
de Nuria Díaz



ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Alicia Borrás Sanjurjo, 2020
© De las ilustraciones: Nuria Díaz, 2020
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2020
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Primera edición, marzo 2020

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-698-6651-1
Depósito legal: M-3232-2020
Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además
de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para
quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación,
interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

SOPA DE LIBROS

Alicia Borrás

Querido Nadie

Ilustraciones
de Nuria Díaz

ANAYA



1

Querido Nadie:

Solo quiero estar contigo.

—¿Con quién te gustaría hablar, hija? —me pregunta mi madre, llorosa.

—Con Nadie —grito—. ¿Quién podría estar tan mal como yo? Nadie. Pues eso lo contesta todo.

Respiro para decírtelo porque mi madre dice que cuando me encuentre muy mal, trate de coger aire inspirando profundamente por la nariz para luego soltarlo despacio por la boca. No es tan fácil con una riada de lágrimas y el montón de mocos que provocan esas lágrimas, pero lo intentaré.

Hace exactamente diecisiete días que mi padre ya no está con nosotros. Y eso significa que

desde hace diecisiete días me siento tan cansada y dolorida como si estuviera enferma pero muchísimo más triste.

No tengo ganas de empezar las clases ni de volver a ver a mis compañeras, ni siquiera a mis amigas. Tengo frío aunque es verano, y no me apetece nada estar fuera de mi habitación.

Oigo las risas de mi hermana Inés y me pongo rabiosa. Oigo sin escuchar... El curso pasado me enseñaron la diferencia entre esas dos palabras: oír es simplemente percibir todos los sonidos que te llegan, y escuchar, prestar atención a lo que se oye. Pues eso, oigo las conversaciones de mi madre con mi tío, con sus amigas, con las compañeras del trabajo... y no entiendo que hacen aquí. Mi madre quiere que vengan, que la ayuden a preparar cafés, que se queden hasta tarde, que le den conversación... Y a mí me entran ganas de echarlos por llenar nuestra casa de ruido, pero no puedo hacerlo. Sé que mamá está pasándolo muy mal también, se le nota en los ojos irritados, el pelo descuidado y, según el abuelo, en su cara desmejorada.

Mi abuelo se llama Domingo y es el único que tenemos. Un egoísta como dice mi madre,

pero que, sin embargo, no sale de nuestra casa desde que... papá... (respiro muy profundo de nuevo) murió en un accidente de moto cuando iba a buscar el periódico y mis asquerosos cruasanes para desayunar.

Ni siquiera se había cambiado el pantalón de pijama. Lo hacía muchas veces. Los fines de semana se pasaba el día en pijama haciendo el vago.

A veces paseábamos a nuestra perra por el vecindario en zapatillas. Yo siempre a escondidas de mamá, porque como él decía, a mis once años no tengo más remedio que obedecer a mi progenitora. Le hacía mucha gracia silabear esa palabra, pro-ge-ni-to-ra, y yo sonrío al escribirla, eran sus tonterías y a mí me gustaban.

Le encantaba jugar con las palabras y nos ponía motes a todos. A mí me llamaba Rubia, por lo morena que soy; y a mi hermana, Lenteja; a mamá, Churri, incluso cuando se enfadaban; al abuelo Domingo, Finde; y a nuestra perra Loti, la Señora.

—Vamos, Rubia y que venga también la Señora —decía cuando mamá nos obligaba a dar

un paseo para salir de su vista durante al menos media hora.

Inés, mi hermana Lenteja, nunca quería ir, y mamá no la obligaba, supongo que porque la consideraba la más madura de la familia, aunque solo tuviera siete años.

Yo estaba muy bien con Pablo, mi padre. Me hacía reír a carcajadas, me entendía y me funcionaban sus consejos. Por eso estoy haciendo esto, Nadie, porque él decía que cuando algo me desbordara, hasta el punto de gritar y empujar a mi hermana, llorar a lo bestia, insultar o algo de eso, solo tenía tres opciones: refugiarme en mi cuarto en silencio para escapar de molestos castigos, escribir para desahogarme, aunque fueran cartas en clave en la libreta que me regaló, o ensayar muecas divertidas delante del espejo.

Estoy más triste que nunca, Nadie, y como no me vale refugiarme en mi cuarto, ni quiero ensayar mis estúpidas muecas, voy a empezar a escribirte.

—Escribir es una buena idea, Blanca —me dice cuando viene a visitarme la profe de Lengua que siempre me suspende, alargándome un



libro—. Eso hizo Ana Frank, una judía algo mayor que tú, encerrada con su familia y algunos vecinos en un refugio para que los nazis no los encontraran. Esa fue su manera de sobrellevarlo. Léelo, te ayudará.

No le contesto. Y pienso que si en este momento yo estuviera encerrada con mi familia y las visitas en una misma habitación, me volvería loca. Supongo que intentaría escapar o esconderme para que no me «escrutasen» los demás.

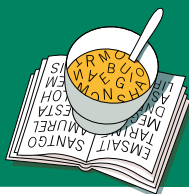
12

—¡Ya empieza Churri con el escrutinio, ponos a cubierto! —nos advertía mi padre con cara de loco y abriendo los brazos escandalosamente para protegernos.

El escrutinio era cuando mamá nos pasaba revista a nosotros o a la casa en general, o se ponía a ordenar y tiraba las bolsas de patatas a medias de papá, perfectas semillas para hacer crecer su barriga cervecera.

—¿Tomamos algo, Churri? —decía abrazando a mamá a traición.

Otra vez lloro, Nadie, y me duele la mano. No estoy acostumbrada a escribir durante tanto tiempo.



A partir de 10 años

Blanca acaba de perder a su padre en un accidente de tráfico. Serena ha tenido que cambiar de ciudad para someterse a un tratamiento quirúrgico. Dos niñas que se enfrentan a momentos muy difíciles de sus vidas y que encontrarán, la una en la otra, un hombro donde llorar y una mano firme en la que apoyarse.

1556203

ISBN 978-84-698-6651-1



9 788469 866511

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com